

expresión mayestática del antiguo. Y de su lírica podemos repetir lo que de Musset manifestaba Taine: "Ese, al menos, no mentía."

ABEL GARCÍA VALENCIA,
Medellín, Colombia.

VICENTE AZAR, *Arte de olvidar*. (Poemas.)—Lima, Ediciones Palabra, 1942.

Como un templo de viejos muros a la orilla de un mar solitario y brumoso, no muy lejos de alguna ciudad sagrada, el alma de Vicente Azar guarda la poesía en su penumbroso y mágico recogimiento. Está allí el recuerdo como un icono entre candelabros de angustia, entre ráfagas, entre rumores, entre reflejos, que ungen de un extraño colorido a herméticos visitantes, expatriados de su mundo de leyenda y de fábula. Allí el oeste toca su gran órgano de tempestades y el tiempo enciende sus relámpagos, y la ola se ilumina como en la imaginación de un niño enloquecido. Allí está la música interior del poeta, íntima e infinita, como la comba maravillosa de la luz vespertina sobre los bosques de árboles aromáticos, de espesas hojas de cambiante brillo, sobre la selva que mueve sus dioses en su azul penumbra, sobre las ciudades que se despiden con sus nostálgicas sirenas alejándose entre las colinas, sobre el césped que circunda los palacios, sobre la imagen bíblica de los mendigos, sobre el mismo templo donde el recuerdo se aviva al contacto del humo misterioso de su pebetero, como ante la taza de té de Marcel Proust. Y allí está también el olvido con sus símbolos sangrientos, como la fuga del día o el comienzo de la noche sobre una comarca de trémulas violetas, de eléctricos dardos "que vuelan y no vuelan", como el eco de una campana en los abismos. Allí está la hora inmaculada de los ángeles, la hora del ángel del poeta, descendiendo al ámbito de su angustia, en busca de su media noche.

La voz poética de Vicente Azar fluye del hechizo, como de un antiguo espejo donde se mira la existencia de la maravilla. Su lenguaje es culto, puro, acendrado en la más alta experiencia poética.

*

* *

PEDRO GARCÍA LOPENZA, *Voces de la tierra ancha*.—Caracas, C. A. Artes Gráficas, 1943.

Fiel a su nota campesina, sencilla, eglógica, de sabor americano, Pedro García Lopenza, en este nuevo libro, refleja, como el agua clara de algún río apacible, el paisaje de nuestra tierra, con sus soledades, palmeras y silenciosos labriegos. Flota un vago sentimiento nostálgico sobre el pano-